

recogidos por las entrantas y salientas que todo lo averiguan o lo adivinan y lo divulgan.

Juanillo que nunca tuvo puesto fijo en la plaza, lo fue todo en ella y lo de Juanillo, que hacía juego con su apodo familiar, le venía precisamente por haber estado entre los puestos desde pequeño, pero era el más corpulento de los hermanos. Después fue, por su facha, por su desparpajo y su fanfarronería, la figura más representativa del mercado muchos años. Nunca tuvo ningún cargo pero los representaba todos, porque le bastaba con su personalidad. A su lado, los de los cargos parecían sus servidores, todo lo veía fácil, todo lo comprendía y parecía que le daban las cosas hechas, los problemas resueltos. Era el más síndico de todos los síndicos que todo lo dominaba desde el centro de la plaza o desde cualquier orilla, como el bastonero de los bailes antiguos que vigilaba la buena marcha y hacía la vista gorda para lo que no la impidiera.

No era hombre para puestos secundarios, en los consumos, aún sin dinero, era el rematante siempre, en la plaza era el abastecedor, en la posada el posadero. Regulaba la plaza con su conocimiento y con sus iniciativas. Siempre estaba dispuesto para el trato y vestido para parlamentar con el más encumbrado trajinante de tú a tú. Y todavía era más fanfarrón que conocedor, cosa que le perjudicaba porque a veces se pasaba y tenía que recoger velas prudentemente, consolándose a sí mismo del desliz por ser gajes del oficio.

Quitaba gallardía a su figura lo mucho que sacaba las pantorrillas al andar y lo picudo de su boca, en contraste con la anchura de su pecho y el despechugamiento de su apañada vestimenta.

Al sacar tanto las pantorrillas hacía más visibles las botas de una pieza, de color caña y muy relucientes, porque la quereña, su tercera esposa, lo llevaba de punta en blanco, no porque él fuera cuidadoso, sino más bien despreocupado, como decían entonces que debían ser los hombres, no remilgados y Juanillo en eso como en todos sus modos, era sobresaliente y como siempre llevaba un puro encendido o una tachuela como el "deo", según decía Toribio el corredor que lo tenía más del doble de tanto apretar las cuerdas al atar los pellejos del vino, se ponía hecho un cirineo de ceniza toda la pechera y la ancha faja, muy trabajada de entrar y sacar el moquero para limpiarse la boca siempre aguanosa por lo picuda.

De las fajas más cumplidas, más lucidas en su adecuado uso y más resistentes a su desaparición, fueron las de Juanillo y la de Paco Quinica entre otros varios que nunca necesitaron otra clase de abrigos. Que maneras de entrar la mano y sacarla llena de duros para jugar o de tomates y pepinos para el salpicón de por las mañanas.

Aquellos hombres y todos, sin faja, se quedaron en la mitad y sus manos desocupadas sin saber donde llevarlas, porque era la faja su centro y lo útil, sin necesitar para nada ni la chaqueta ni los pantalones.

Como no se trata de hombres vulgares ni mucho menos, la familia, sobre todo las mujeres, por ponerse a tono con el mundo, fueron equivocada-